

## La entrevista

Todas las temporadas de mi carrera como niñera arrancaban con una ronda de entrevistas tan surrealista-mente idénticas que a veces pensaba si las madres no se habrían pasado unas a otras un manual secreto en la Asociación de Padres en el que se les decía cómo hacerla. Esta toma de contacto inicial era tan repetitiva como un ritual religioso y me daban tentaciones de, justo antes de que la puerta se abriera, arrodillarme, hacer una genuflexión o decir: «¡Que empiece la función!».

Ningún otro acto representaba este trabajo con mayor exactitud, y siempre empezaba en un ascensor más bonito que la mayoría de los apartamentos neoyorquinos.

\* \* \*

La cabina forrada con paneles de nogal me asciende lentamente, como un cubo en un pozo, hacia una posible solvencia. A medida que me acerco al piso indicado inspiro profundamente; la puerta se abre ante un pequeño vestíbulo que da paso, como mucho, a dos apartamentos. Toco el timbre. Experiencia de niñera: ella siempre espera a que llame al timbre,

ta que la puerta se cierra compasivamente. Me derrumbo contra ella, exhalando por primera vez en una hora.

Unos minutos después el metro recorre veloz Lexington devolviéndome a la escuela y al trajín de mi propia vida. Me dejo caer en el asiento de plástico y las imágenes del prístino apartamento flotan en mi cabeza. Estas estampas se ven interrumpidas por un hombre o una mujer (a veces por ambos) que recorre el vagón mendigando unas monedas mientras arrastra todas sus posesiones materiales en una desgastada bolsa de la compra. Con la mochila apretada contra mi regazo y la adrenalina de la actuación normalizándose, las preguntas empiezan a aparecer.

¿Cómo llega a convertirse una mujer adulta e inteligente en una persona cuyo estéril reinado se reduce a cajones de lencería ordenados por orden alfabético y sustitutos de la leche importados de Francia? ¿Dónde está el niño en esta casa? ¿Dónde está la mujer en esta madre?

Y ¿cómo encajo yo en esto exactamente?

\* \* \*

Al final, en todos los trabajos llegaba un momento crucial en que el niño y yo parecíamos ser las únicas personas tridimensionales que se movían sobre los tableros de mármol a cuadros blancos y negros de aquellos apartamentos. Eso hacía inevitable que alguien cayera.

Pensándolo con perspectiva, era una trampa desde el principio. Ellos te necesitan. Tú necesitas el trabajo.

Pero hacerlo bien es perderlo.

Que empiece la función.